

ELEGÍA

En el punto de partida. Como dragón caído
en algún pantano entre neblina y vaho, está
nuestra tierra costera vestida de bosque de pino. Allá lejos:
dos vapores que gritan desde un sueño

en la bruma. Este es el mundo inferior.
Bosque inmóvil, superficie de agua inmóvil,
y la mano de orquídeas que surge del pantano.
Al otro lado, más allá de esta senda,

pero flotando en el mismo espejeo: el navío,
que la nube ingrávida cuelga de su espacio.
Y el agua en torno a su cayado está inmóvil,
echada en calma. ¡Y aun así, truena!

Y el humo del navío se expande horizontal
—allí flamea el sol en su agarrón— y el soplo
golpea duro el rostro del que aborda.
Ascender hacia babor de la Muerte.

Una ráfaga súbita y la cortina ondea.
Suenan el silencio cual despertador.
Una ráfaga súbita y la cortina ondea.
Hasta que se oye, lejana, golpear una puerta

lejos, en otro año.

¡Oh marcas grises como la túnica del hombre de Bocksten!¹
Y la isla que flota en el vapor del agua.
Hay calma como cuando el radar vira
en vueltas y vueltas, entregado.

Hay un cruce de caminos en un instante.
La música de las distancias ha confluido.
Todo creciendo hacia un árbol frondoso.
Ciudades perdidas brillan en su verdor.

De todas partes y de ninguna tocan
como los grillos en la oscuridad de agosto. Insertado
en el rebaño de troncos, se adormece aquí en la noche
el viajero asesinado en el pantano. La savia mueve

su pensamiento y sube hacia las estrellas. Y en lo profundo
de la montaña: aquí está la gruta de los murciélagos.
Aquí cuelgan los años, apretados los actos.
Aquí ellos duermen con las alas plegadas.

Un día estos volarán. ¡Un hervidero!
(En la distancia, algo como humo saliendo de la boca de la gruta.)
Pero aún rige el sueño del invierno estival.
En la distancia, rumor de aguas. En el árbol oscuro,
una hoja que se da la vuelta.

Una mañana de verano, el rastrillo del campesino se atasca
en huesos muertos y harapos de vestido. Así que él
yacía allí cuando drenaron la turbera
y ahora se yergue y anda su camino en la luz.

En cada distrito remolinea semilla dorada
en torno a vieja deuda. La calavera, blindada,
en un sembrado. Un peregrino en marcha
y la montaña siguiéndole con la mirada.

En cada distrito murmura el carcaj del arquero
a medianoche, cuando se abren las alas
y crece el pasado en su caída,
más oscuro que el meteorito del corazón.

Un alma apartada hace la escritura ávida.
Una bandera empieza a golpetear. Las alas
se abren en torno a la presa. ¡Este viaje altivo!
en que el albatros se hace viejo como nube

en la boca del Tiempo. La cultura es una estación
de caza de la ballena, donde el extraño, caminando
entre blancas vigas y niños que juegan,
percibe, sin embargo, a cada respiración,

la presencia del gigante caído.

Liviana, vuelve la bofetada de las esferas celestes.
 La música, a nuestra sombra, inocente como
 el agua de la fuente que sube entre animales salvajes,
 artísticamente petrificada alrededor del chorro de agua.

Con las cuerdas disfrazadas de bosque.
 Con las cuerdas como el aparejo del aguacero:
 la lancha es azotada por los cascos de un aguacero
 y en lo íntimo, en el atasco del giroscopio, alegría.

Esta tarde se refleja la bonanza del mundo,
 cuando las cuerdas son instaladas, sin que nadie toque.
 Inmóviles en la niebla, los árboles del bosque
 y la tundra húmeda espejeando en sí misma.

La mitad muda de la música está aquí, como el olor
 a resina anda en torno a ramas heridas por el rayo.
 En cada hombre, un verano subterráneo.
 En el cruce de caminos, una sombra,

y se aleja corriendo, siguiendo la trompeta de Bach.
 La piedad inspira súbita cautela. Dejar
 su disfraz de yo en esta playa
 donde la ola golpea y se retira, golpea
 y se retira.